

colectividad); así como una idea estática de la cultura que no parece corresponderse con las ideas liberales de muchos de sus defensores.

En fin, este libro abre de nuevo la discusión sobre las bondades y los defectos de la posición ideacionista, algo que en nuestro país había quedado de alguna manera trunco debido a la escasa difusión del libro de Mosterín y a lo poco que esta concepción, originada básicamente en el seno de la ciencia antropológica, se ha retomado y reelaborado a nivel filosófico.

VÍCTOR M. HERNÁNDEZ MÁRQUEZ
Dirección de Difusión Cultural
de la Universidad Autónoma Chapingo
vmarquez@taurus1.chapingo.mx

Michael Williams, *Groundless Belief. An Essay on the Possibility of Epistemology*, 2a. ed., Princeton University Press, Princeton, 1999, 201 pp.

Desde su aparición en 1977, *Groundless Belief* ha sido considerado un certero diagnóstico de uno de los debates más importantes para la epistemología, a saber, el debate acerca de la estructura de la justificación epistémica. Por aquel entonces la polémica se encontraba polarizada de la siguiente manera: de un lado estaban los empiristas fundacionalistas (Chisholm, C.I. Lewis, Russell, etc.), para quienes el conocimiento y la justificación descansaban sobre fundamentos que consistían, en última instancia, en creencias perceptuales; en el polo opuesto se encontraban sus detractores, encabezados por Wilfrid Sellars y su brillante crítica al *mito de lo dado*. *Groundless Belief* es una contribución a la posición de este último bando.

Ahora, en esta segunda edición, Michael Williams agrega un valioso *Afterword* en el que no sólo revalida la vigencia de su obra veinte años después, sino que también clarifica su propuesta positiva poniendo de relieve las tesis que *Groundless Belief* comparte con dos de las obras más influyentes hoy día en la epistemología contemporánea, a saber, *Mind and World* de John McDowell y *Making It Explicit* de Robert Brandom.

I

Groundless Belief persigue dos objetivos distintos que se entrelazan: en primer lugar, y siguiendo la crítica sellarsiana al *mito de lo dado*, Williams intenta mostrar que el proyecto de los empiristas fundacionalistas es inviable. Williams denomina “fenomenalismo” a dicho proyecto, en cuanto que postula que hay “creencias básicas” que son, en algún sentido, creencias perceptuales que sirven como fundamento último para todo el conocimiento. El segundo objetivo es más ambicioso y muestra la originalidad de Williams, ya que consiste en cuestionar la coherencia y la validez de todo el proyecto epistemológico que ha dominado la filosofía desde la Modernidad, mostrando que el “fenomenalismo” padece una seria debilidad frente al escepticismo al que intenta responder.

De esta manera, en *Groundless Belief*, Williams ofrece dos argumentos para rechazar el “fenomenalismo”: el primero señala que la idea misma de una “creencia básica”, que funciona como fundamento epistémico de todo el conocimiento, es incoherente. Este primer argumento reproduce la crítica sellarsiana al *mito de lo dado*. Sellars mostró contundentemente que no hay nada parecido a un estado no doxástico que sea “dado” —sin la intervención de conceptos— y que a la vez sea un tipo de conocimiento no inferencial capaz de proporcionar apoyo lógico a otras creencias. La confusión entre estas dos ideas incompatibles subyace en toda postura “fenomenalista”.

El segundo argumento pretende rechazar el “fenomenalismo” para cuestionar todo el proyecto epistemológico al que va asociado, y presenta la siguiente estructura:

- 1) El principal objetivo del “fenomenalismo” consiste en evitar el escepticismo que implica el regreso de la justificación, para ello postula creencias básicas —creencias perceptuales— que sirven como fundamento epistémico para todo el conocimiento.
- 2) Toda teoría “fenomenalista” lleva implícita la perspectiva fundacionalista que establece una prioridad epistémica de las creencias básicas sobre el resto de nuestras creencias —creencias no básicas.
- 3) Una vez aceptado el fundacionalismo y su teoría de la prioridad epistémica, se abre un abismo insalvable entre el dominio de las creencias básicas y el de las creencias no básicas, el cual es explotado por el escéptico para lanzar su desafío. Aparece entonces el “escepticismo radical”: nunca estamos justificados en creer nada.

Conclusión:

- 4) El “fenomenalismo”, lejos de evitar el escepticismo, lo fomenta.

Si bien es cierto que, tradicionalmente, la prioridad de la epistemología ha sido refutar al escéptico, dicha batalla se ha librado en el terreno de la justificación epistémica. El problema del proyecto epistemológico ha sido, de acuerdo con el diagnóstico de Williams, que ha privilegiado el modelo fundacionalista de la justificación en el que implícitamente existe una prioridad epistémica entre dos dominios de creencias distintos, a saber: por un lado estarían las creencias básicas (lo “dado”, *sense data*, creencias perceptuales, etc.) que constituyen el fundamento último de todo el edificio del conocimiento en virtud de que están intrínsecamente autojustificadas y son susceptibles de transmitir su estatus epistémico al resto de las creencias. Mientras que por el otro lado estarían las creencias no básicas, cuya justificación es inferencial, es decir, proviene de las creencias básicas. Se establece, así, una jerarquía, una prioridad epistémica de las creencias básicas sobre las creencias no básicas que hace posible la aparición del “escepticismo radical”.

Para Williams, toda postura “fenomenalista” lleva implícita la “perspectiva fundacionalista” que conduce inevitablemente al “escepticismo radical” que nos desafía a mostrar cómo las creencias básicas son, verdaderamente, el fundamento de todo nuestro conocimiento y no lo son, más bien, de las *hipótesis cartesianas* —argumento

del sueño, genio maligno, etc.— que también aceptan como evidencia las mismas creencias básicas.

Basado en estos dos argumentos, Williams concluye que el proyecto epistemológico que ha dominado la filosofía desde la Modernidad está en bancarrota. Este proyecto ha tenido como principal preocupación refutar al escéptico y para ello se ha embarcado fútilmente en la tarea de mostrar cómo es posible colocar todo el conocimiento sobre sus fundamentos, sin reparar en que al privilegiar este modelo fundacionalista de la justificación se fortalecía la posición del escéptico.

II

Ahora bien, lo anterior sólo es la parte crítica de *Groundless Belief*; sin embargo, Williams es consciente de que el tradicional modelo fundacionalista de la justificación sólo puede ser refutado desde un modelo alternativo y, por ello, en el *Afterword* de esta segunda edición se esfuerza por clarificar su propio modelo alternativo de la justificación, que había quedado un tanto oscuro en la primera edición.

Williams prefiere ver ahora el argumento del regreso de la justificación en términos del *trilema de Agripa*: cualquier intento por justificar cualquier afirmación abre un regreso al infinito o conduce a dos posturas igualmente insatisfactorias, a saber, hacer afirmaciones infundadas o apelar en círculo a creencias previamente introducidas. La ventaja de ver el problema en la forma de un trilema es que éste nos recuerda que hay que evitar el escepticismo sin caer en alguna de estas dos opciones igualmente insatisfactorias (pp. 183–184). No obstante, Williams observa que hay algo “artificial” en este trilema, pues si bien hay casos en los que las disputas revisten esta forma, la mayoría no lo hace. Las creencias en disputa son susceptibles de alcanzar una justificación satisfactoria mediante evidencia que es aceptable para todas las partes; pero esta “evidencia aceptable para todas las partes” no constituye, según el escéptico, justificación propiamente dicha, sino que es una especie de justificación *dialéctica*, en cuanto que descansa en meras asunciones. Para Williams está claro que si se acepta el problema de la justificación en los términos tan estrictos en que los plantea el escéptico, la única salida es abrazar el fundacionalismo; pero si éste abre de nuevo las puertas al escéptico, ¿qué otra salida queda? Williams hace un llamamiento a abandonar el tradicional proyecto epistemológico que ha privilegiado el modelo fundacionalista y evitar así la tentación de dar cuenta de la naturaleza de la justificación. Williams ve la justificación simplemente como un fenómeno social más, como una práctica social flexible, y ya no como aquello inalcanzable que la Modernidad encumbró en un pedestal:

If I had to offer an aphoristic statement of the essential nature of justification, I should probably say that being justified consists in doing or saying what your conscience and your society let you get away with. This is a vacuous remark, but it is meant to be. I have serious doubts whether there is much interesting to say about justification at this level of generality.¹

¹ “Si tuviera que ofrecer un aforismo acerca de la naturaleza de la justificación, probablemente diría que estar justificado consiste en hacer o decir lo que tu conciencia y tu sociedad te

Pareciera, entonces, que si se abandona el fundacionalismo, toda justificación sería *dialéctica*, como pretende establecer el escéptico. Pero para Williams la justificación también tiene una dimensión objetiva y por ello afirma que, al menos en algunos casos, debe entenderse de manera “confiabilista”, como en el caso de las creencias perceptuales, que son una especie de creencias justificadas *prima facie*, pero que no están autojustificadas intrínsecamente como pretendía el fundacionalismo tradicional. Ahora bien, justificación y conocimiento tampoco pueden separarse tajantemente como pretende el confiabilista. El modelo de la justificación que propone Williams es un modelo alternativo que combina elementos confiabilistas con el reconocimiento de la dimensión social de la justificación. Williams lo denomina *contextualismo*: una creencia está justificada sobre la base de otras creencias que son epistémicamente aceptables —relevantes— en un contexto particular.²

Siguiendo la distinción entre dos tipos de fundacionalismo, el *formal* y el *sustantivo*, Williams señala que el enemigo en *Groundless Belief* es el fundacionalismo *sustantivo*, en cuanto que postula creencias básicas intrínsecamente justificadas que frenan el regreso de la justificación. Sin embargo, el fundacionalismo *formal*, que simplemente señala que la justificación requiere creencias que en algún sentido estén justificadas sin descansar sobre ninguna otra evidencia, acepta creencias justificadas *prima facie* —*groundless beliefs*. De esta manera, el *contextualismo* de Williams también es un modelo intermedio entre el fundacionalismo y el coherentismo: coincide con el fundacionalismo *formal* en la necesidad de contar con creencias justificadas *prima facie*, pero, a la vez, el *contextualismo* es un coherentismo “mínimo” en cuanto que comparte el rechazo de las creencias básicas:

Because contextualism recognizes default justification, it is formally foundationalist. However, whether a belief enjoys default status will depend on a large number of contextually variable factors: for example, the particular inquiry in which we are engaged and what objections, if any, are currently in play. Not only is default justification not an intrinsic characteristic of any particular kind of belief: abstracting from all contextual considerations, no belief or claim has any particular epistemic standing. Contextualism is the antithesis of substantive foundationalism.³

permiten. Éste es un comentario vacío, pero es así. Tengo serias dudas acerca de si hay algo interesante que decir acerca de la justificación en este nivel de generalidad” (p. 115). Todas las traducciones son mías.

² Una exposición más detallada del *contextualismo* se encuentra en *Unnatural Doubts*, ahí Williams presenta al *contextualismo* como el *antídoto* para el fundacionalismo y su correspondiente “realismo epistemológico”, al que considera la base del escepticismo. Véase M. Williams, *Unnatural Doubts. Epistemological Realism and the Basis of Skepticism*, Princeton University Press, Princeton, 1995, p. 114 y ss.

³ “Porque el contextualismo reconoce la justificación omitida [*default justification*], formalmente es fundacionalista. Sin embargo, si una creencia disfruta de un estatus omitido, ello dependerá de un amplio número de factores que varían contextualmente: por ejemplo, la investigación particular en la que estamos comprometidos y qué objeciones, si las hay, están actualmente en juego. La justificación omitida no solamente no es una característica intrínseca de algún tipo particular de creencias: haciendo abstracción de toda consideración contextual, ninguna creencia o aseveración posee algún estatus epistémico. El contextualismo es la antítesis del fundacionalismo sustantivo” (p. 191).

Este modelo alternativo de la justificación sigue la tesis de Sellars, según la cual, el conocimiento —y la ciencia— “es racional no porque descansa en unos *fundamentos*, sino por ser una empresa autocorregible capaz de poner en duda *cualquier* tesis o enunciado, pero no *todos* a la vez”.⁴ Esta capacidad de *autocorrección* es interpretada por Williams como la dimensión social del conocimiento y es en este punto donde se siente cercano a lo que Robert Brandom ha llamado “la estructura de falta y desafío de la justificación” [*default and challenge structure of entitlement*]:⁵ una persona se considera epistémicamente responsable, y sus creencias fundamentadas adecuadamente, a menos que haya razones para sospechar lo contrario. Sólo es necesario reunir evidencia acerca de la responsabilidad o de la fundamentación de la creencia en cuestión, a la luz de un desafío razonable. Para Brandom, la justificación puede transmitirse tanto por inferencia como por *deferencia* (por testimonio); este último caso implica una autoridad *prima facie* no cuestionada, por lo que el proceso de justificación de creencias tiene una marcada dimensión social.

De esta manera, Williams encuentra muchas similitudes entre su modelo *contextualista* y la concepción de la justificación de Brandom. Para Williams, sólo es posible adscribir conocimiento a sujetos que sean capaces de autoadscribirse; pero en el juego de “dar y pedir razones”, una creencia bien puede heredar el estatus epistémico de las creencias provenientes de otro sujeto, con lo que se introduce la “articulación social del espacio lógico de las razones”, que es otra tesis de Brandom.

Para el *contextualismo* de Williams, el conocimiento siempre está conectado a la justificación —a diferencia del externalismo—, sólo que *no siempre* es necesario estar en posesión de *toda* la información relevante para justificar lo que uno cree, la búsqueda de evidencia sólo comienza bajo la amenaza de un desafío razonable. Williams rechaza el fundacionalismo tradicional para el que la justificación siempre descansa sobre evidencia actualmente citable desde la perspectiva de la primera persona (*sense data*, impresiones, etc.). El modelo fundacionalista excluye el que la evidencia pueda ser “socialmente distribuida”.

Por otro lado, Williams encuentra también varios puntos en común entre su *Groundless Belief* y *Mind and World* de McDowell;⁶ principalmente el rechazo a la tradicional dicotomía fundacionalismo/coherentismo.

El objetivo de McDowell consiste en mostrar que la relación entre la “mente” y el “mundo” es normativa, en cuanto que el “mundo” ejerce un “control racional” sobre nuestras creencias; pero considera que tanto el fundacionalismo como el coherentismo son incapaces de dar cuenta de esta relación. Éste es, *grosso modo*, el dilema al que se enfrenta McDowell: desde la perspectiva fundacionalista, apelando a lo “dado” se obtiene un constreñimiento externo al pensamiento, pero ese constreñimiento es no conceptual y, por lo tanto, no es racional. En cambio, desde la perspectiva coherentista, la experiencia se toma únicamente como fuente causal

⁴ W. Sellars, *Empiricism and the Philosophy of Mind*, introd. Richard Rorty, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1997, véase § 37.

⁵ R. Brandom, *Making It Explicit*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1994, véase el capítulo 4.

⁶ J. McDowell, *Mind and World*, Harvard University Press, Cambridge, 1994.

de nuestras creencias, con lo que desaparece cualquier fricción con el mundo y cualquier constreñimiento externo al pensamiento. La tensión entre ambas posiciones genera una fatídica oscilación.

De manera muy general se puede decir que la filiación sellarsiana tanto de McDowell como de Williams los hace compartir las razones para rechazar el *mito de lo dado*; sin embargo, Williams discrepa de las razones que McDowell esgrime para rechazar el coherentismo, ya que considera que el *contextualismo* es un coherentismo “mínimo”. Williams reprueba el rechazo de McDowell hacia el coherentismo, pues le parece que éste continúa concibiéndolo a la manera tradicional, es decir, como un “holismo radical” que fomenta el escepticismo:

But the deep source of McDowell's views is a conviction he shares with the philosophical tradition he is trying to escape: there is something to be said about “rational control” at the stratospheric level of “mind” and “world”. McDowell thought that “coherentism” is automatically “frictionless” is plausible only if coherentism is understood to imply radical holism [...]. One reason for rejecting radically holistic coherentism is that this outlook encourages sceptically motivated questions like “What justifies the whole thing?” or “Why do belief-belief relations, which are wholly internal to belief-systems, make it likely that such systems are true of external reality?” [...] However, the minimal “coherentism” of *Groundless Belief* is implicitly contextualist precisely because it is sceptical of “our beliefs” as a theoretically integrated totality about which justificational questions can usefully be raised.⁷

El *contextualismo* no apela ni al holismo radical ni a la justificación global, pues es un modelo de la justificación a escala humana, sin las pretensiones que subyacen en la tradicional dicotomía fundacionalismo/coherentismo. Por ello, Williams considera que el *contextualismo* ofrece una salida al dilema de McDowell.

La solución de McDowell consiste en rechazar el excesivo cientificismo naturalista y “repoblar el mundo con contenidos pensables” para satisfacer la exigencia de que el mundo ejerza control racional sobre nuestras creencias. De ahí que Williams afirme que las preguntas a las que se enfrenta McDowell —¿qué justifica el conocimiento como un todo? y ¿cómo la totalidad de la experiencia está constreñida por la experiencia?— sólo tengan sentido desde la perspectiva fundacionalista o desde la del holismo radical. Mientras que McDowell opta por “rehabilitar el fundacionalismo sin el *mito de lo dado*”, Williams intenta separar el empirismo del desastroso fun-

⁷ “Pero la raíz de la perspectiva de McDowell es una convicción que él mismo comparte con la tradición filosófica de la que trata de escapar: hay algo que decir acerca del ‘control racional’ en el nivel estratosférico de la ‘mente’ y el ‘mundo’. McDowell piensa que el ‘coherentismo’, que automáticamente ‘carece de fricción’, sólo es plausible si se entiende que implica un holismo radical [...]. Una razón para rechazar el coherentismo radicalmente holista es que esta perspectiva fomenta preguntas escépticas como ‘¿Qué justifica el todo?’ o ‘¿Por qué las relaciones creencia-creencia, las cuales son completamente internas al sistema de creencias, hacen probable que dichos sistemas sean verdaderos acerca de la realidad externa?’ [...] No obstante, el ‘coherentismo’ mínimo de *Groundless Belief* es implícitamente contextualista precisamente porque es escéptico acerca de ‘nuestras creencias’ como una totalidad integrada teóricamente, acerca de las cuales puedan suscitarse útilmente preguntas justificatorias” (p. 195).

dacionalismo tradicional; es decir, pretende conservar la idea empirista de que las creencias justificadas *prima facie* —como las perceptuales— desempeñan un papel importante en la justificación, pero sin acarrear las consecuencias desastrosas del fundacionalismo, esto es, señalando que su estatus epistémico no es intrínseco, sino que depende de variables contextuales.

Finalmente, si hace veinte años *Groundless Belief* anunciaba apocalípticamente la “muerte de la epistemología”, dicha pretensión aparece ahora matizada: en el *Afterword*, Williams advierte que si bien es un hecho la bancarrota del proyecto epistemológico de la Modernidad —cuya tarea principal consistía en colocar el conocimiento sobre sus propios fundamentos—, dicho proyecto sólo puede ser abandonado a la luz de un modelo alternativo del conocimiento y de la justificación, tarea aún pendiente para la epistemología contemporánea.

Ahora, más de veinte años después, Williams no sólo piensa que la epistemología aún debe terminar de construir ese modelo alternativo, sino que además señala que quedan muchos otros viejos problemas normativos por resolver, como los *problemas de demarcación*: ¿cuáles son los límites y objetivos del conocimiento humano?; los *problemas metodológicos*: ¿cómo se obtiene el conocimiento?, ¿hay una única manera de obtener conocimiento o hay varias?; el *problema de la razón*: ¿hay métodos de investigación que sean distintivamente racionales, y si los hay, cuáles son?

Por todo lo anterior, *Groundless Belief* continúa estando, quizá hoy más que antes, en el centro de los principales debates en epistemología.

JORGE ORNELAS BERNAL

Instituto de Investigaciones Filosóficas

Universidad Nacional Autónoma de México

gorbe@servidor.unam.mx